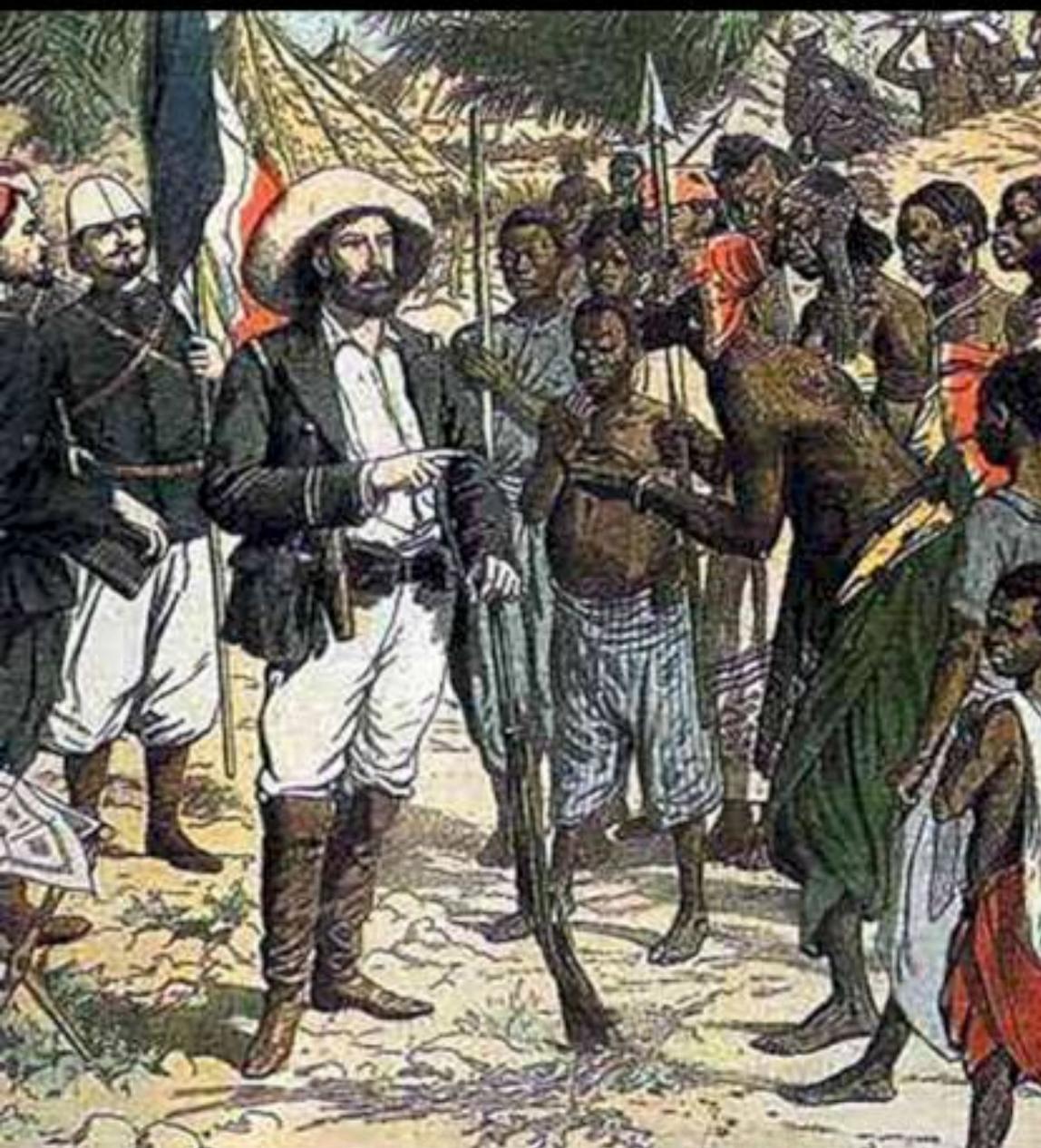


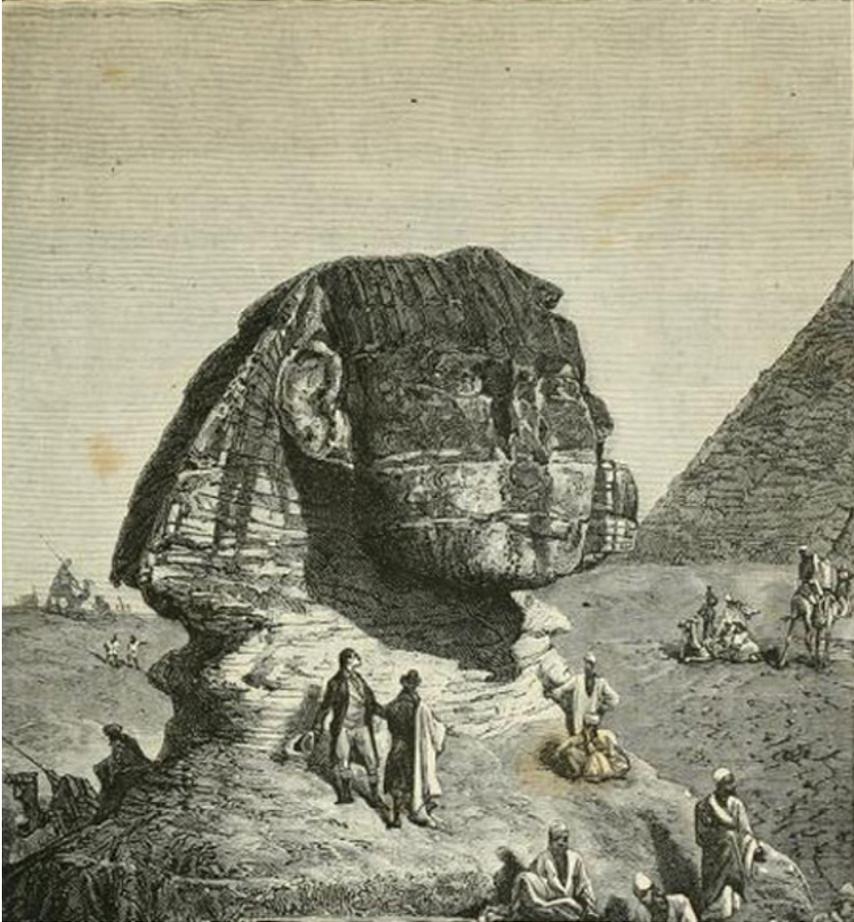
Los exploradores del siglo XIX

Julio Verne



En los albores del siglo XIX, el rápido progreso científico y técnico permite a los viajeros franquear las fronteras alcanzadas por las expediciones de sus antepasados: los desiertos más intransitables, los mares más insondables, las montañas más inaccesibles. Ahora nada impide que Humboldt o Dumont d'Urville viajen a lugares desconocidos del mundo. En la estela del *Astrolabe*, la conquista de nuevos horizontes polares está en marcha. Redescubrir Julio Verne y embarcarse con los grandes exploradores gracias a esta increíble épica, al mismo tiempo historia de aventuras y documento histórico, que representa el descubrimiento de la Tierra.





PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La aurora de un siglo de descubrimientos. — Lentitud de los descubrimientos durante las luchas de la república del imperio. — Viajes de Seetzen por Siria y por Palestina. — El Huran y el periplo del Mar Muerto. — La Decápolis. — Viaje por Arabia. — Burckhardt en Siria. — Correrías por Nubia en las dos orillas del Nilo. — Peregrinación a la Meca y Medina. — Los ingleses en la India. — Weeb en las fuentes del Ganges. — Relación de un viaje por el Pendyab. — Christie y Pottinger en el Sindia. — Estos mismos exploradores atravesando el Beluchistán hasta Persia. — Elphinstone en el Afganistán. — La Persia según Gardane, Dupré, Morier, McDonald, Kinneir, Price y Ouseley. — Guldenstaedt y Klaproth en el Cáucaso. — Lewis y Clarke en las montañas Roquizas. — Raffles en el Sumatra y en Java.

El fin del siglo XVIII y el principio del XIX, experimentaron una sensible disminución en el curso de los grandes descubrimientos geográficos. Hemos visto que la república francesa organizó la expedición en busca de *La Perouse* y el importante crucero del capitán Boudin por las costas de la Australia.

Éstos son los únicos testimonios del interés que las pasiones desencadenadas y las luchas fratricidas permitieron dar al gobierno francés en favor de la ciencia geográfica. Posteriormente Napoleón en Egipto, rodeándose de un brillante estado mayor de hombres científicos y de artistas distinguidos, hizo reunir los materiales de la grande y hermosa

obra que fue la primera que dio una idea exacta, aunque incompleta, de la antigua civilización de la tierra de los Faraones. Pero cuando al general Bonaparte sucedió el emperador Napoleón, el egoísta soberano, sacrificándolo todo a su detestable pasión de la guerra, no quiso que le volvieran a hablar más de exploraciones, ni de viajes, ni de descubrimientos. Consideraba que esto hubiera sido robarle los hombres y el dinero que necesitaba. El consumo que de ellos hacia era demasiado grande para que no creyera que era desperdiciarlos en cosas fútiles emplearlos en los adelantos de la ciencia, y así se vio que por algunos millones cedió a los Estados Unidos los últimos restos del imperio colonial francés en América, Por fortuna los demás pueblos no estaban oprimidos por aquella mano de hierro; y aunque ocupados en la guerra contra la Francia, encontraron todavía hombres de buena voluntad que extendieron el campo de los conocimientos geográficos, constituyeron la geología sobre bases verdaderamente científicas y procedieron a las primeras investigaciones lingüísticas y etnográficas. El sabio geógrafo Maltebrun en un artículo que publicó en 1817 a la cabeza de los Nuevos Anales de Viajes, marca minuciosamente y con gran precisión el estado de nuestros conocimientos geográficos a principios del siglo XIX y los muchos desiderata de la ciencia. En este artículo enumera los progresos ya hechos por la navegación, la astronomía y la lingüística; y lejos de ocultar los descubrimientos como lo habían hecho por celos la Compañía de la bahía de Hudson y la Compañía de las Indias, funda academias, publica Memorias y estimula los viajes. La guerra misma es utilizada y el ejército francés recoge en Egipto los materiales de una inmensa obra.

Hay, sin embargo, un país que desde el principio del siglo preludia los descubrimientos que sus viajeros debían hacer: este país es la Alemania. Estos primeros exploradores proceden con tanto cuidado y están dotados de una voluntad tan firme y de un instinto tan seguro, que no dejan a

sus sucesores sino la tarea de confirmar y completar sus descubrimientos.

El primero en el orden de fechas es Ulrico Jasper Seetzen, que nació en 1767 en la Frisia oriental. Seetzen, después de haber acabado sus estudios en Gotinga, comenzó por publicar algunos ensayos sobre la estadística y sobre las ciencias naturales, hacia las cuales sentía una inclinación especial. Estas publicaciones atrajeron la atención del gobierno, el cual le nombró consejero áulico en la provincia de Téver.

El sueño de Seetzen, como fue después el de Rurckhardt, era un viaje al África central, pero quería prepararse con una exploración de la Palestina y de la Siria, países hacia los cuales la Asociación de Palestina, fundada en Londres en 1805, iba a llamar la atención. Seetzen no esperó esta época, y provisto de muchas recomendaciones, se dirigió en 1802 a Constantinopla. No obstante que se habían sucedido en el viaje a la tierra santa y a la Siria un gran número de peregrinos y de viajeros, todavía no se poseían más que nociones muy vagas sobre estos países. Su geografía física no estaba aún suficientemente establecida; faltaban las observaciones, y ciertas regiones, como el Líbano y el Mar Muerto, no habían sido exploradas nunca. En cuanto a la geografía comparada, no existía verdaderamente todavía.

Fueron necesarios los estudios asiduos de la Asociación inglesa y la ciencia de los viajeros para constituirla.

Seetzen, que había estudiado diversos ramos de la ciencia, estaba admirablemente preparado para explorar aquel país que, aunque tantas veces visitado, era realmente nuevo. Después de haber atravesado toda la Anatolia, llegó a Alepo en el mes de mayo de 1804, y allí residió cerca de un año dedicándose al estudio práctico de la lengua árabe; haciendo extractos de las obras de los historiadores y geógrafos del Oriente; comprobando la posición astronómica de Alepo; haciendo investigaciones de historia natural; reuniendo manuscritos; traduciendo una multitud de esos can-

tos populares y de esas leyendas que son tan preciosas para el conocimiento íntimo de una nación, de Alepo se dirigió a Damasco en el mes de abril de 1805. Esta primera expedición le condujo al través de los cantones de Hauran y de Yolan situados al Sudeste de aquella ciudad. Hasta entonces ningún viajero había visitado estas dos provincias que desempeñaron durante la dominación romana un papel importante en la historia de los judíos bajo el nombre de Auranitis y Gaulonitis. Seetzen fue el primero que nos dio una idea de su geografía.

El atrevido viajero recorrió después el Líbano y Balbek y llegó hasta el Sur de la Damascena, bajó a la Judea, exploró la parte oriental del Hermon, del Jordán y del Mar Muerto donde vivían los pueblos muy conocidos en la historia judía llamados de los Amonitas, Moabitas, Galaditas, Batáneos, etc. La parte meridional de esta comarca llevaba en tiempo de la conquista romana el nombre de Perea y allí se encontraba la célebre Decápolis, o liga de diez ciudades. Ningún viajero moderno había visitado hasta entonces estas regiones y éste fue para Seetzen motivo para principiar sus investigaciones por ellas. Sus amigos de Damasco trataron de disuadirle de este viaje pintándole las dificultades y los peligros de un camino frecuentado por los beduinos. Pero nada pudo detenerle. Sin embargo, antes de visitar la Decápolis y de averiguar el estado de sus ruinas; recorrió un pequeño país llamado Ladcha, de muy mala fama en Damasco a causa de los beduinos que le ocupaban; pero que pasaba por contener antigüedades muy notables.

Saliendo de Damasco el 12 de diciembre de 1805 con un guía armenio que le extravió desde el primer día, y provisto de un pasaporte del bajá, se hizo acompañar de pueblo en pueblo por un soldado de caballería armado.

«La parte de Ladcha que he visto, —dice el viajero en su relación, reproducida en los *Antiguos Anales de Viajes*—, no ofrece, como el Hauran, más que basaltos con frecuencia muy porosos que forman en muchos sitios vastos desier-

tos de piedra. Las aldeas, en su mayor parte destruidas, están situadas en la vertiente de las rocas; el color negro de los basaltos, las casas, las iglesias y las torres arruinadas, la falta total de árboles y de verdor, dan a este país un aspecto sombrío y melancólico que llena el alma de una especie de terror. Casi todas las aldeas tienen o inscripciones griegas o columnas o algunos otros restos de antigüedad. (He copiado, entre otras, una inscripción del emperador Marco Aurelio). Los quicios de las puertas son aquí, como en el Hauran, de basalto».

Apenas Seetzen había llegado a la aldea de Gerata y había descansado unos instantes, unos diez hombres a caballo le anunciaron que iban a nombre del vicegobernador del Hauran para prenderle. Su amo Omar Agá, habiendo sabido que había sido visto ya el viajero el año anterior en el país y suponiendo que su pasaporte era falso, les había mandado llevarle a su presencia.

La resistencia era imposible. Sin conmoverse por este incidente, Seetzen, que consideraba esto como un pequeño contratiempo, se adelantó jornada y media por el Hauran y encontró a Omar Agá en el camino que llevan las caravanas de la Meca.

Omar Agá le hizo un buen recibimiento y el viajero volvió a marchar a la mañana siguiente; pero el encuentro que tuvo de varias tropas de árabes, le dio la convicción de que la intención de Omar Agá había sido de que le robasen en el camino.

De regreso a Damasco costóle gran trabajo encontrar un guía que consintiera en acompañarle en su viaje por la orilla oriental del Jordán y en torno del Mar Muerto. Sin embargo un tal Yusum - Al Milky de religión griega, que durante treinta años había hecho el comercio con las tribus árabes y recorrido los cantones que Seetzen quería visitar, convino al fin en acompañarle.

El 19 de enero de 1806 los dos viajeros salieron de Damasco.

Seetzen no llevaba por todo equipaje más que alguna ropa deteriorada, los libros indispensables, papel para secar las plantas y el surtido de drogas necesario a su supuesta profesión de médico.

Llevaba el traje de un jeque de segunda clase.

Los dos distritos de Rascheia y de Hasbeia situados al pie del monte Hermon cuya cima desaparecía entonces bajo una capa de nieve, fueron los dos primeros que exploró Seetzen, porque eran los menos conocidos de la Siria.

Al otro lado del monte el viajero visitó sucesivamente a Achha aldea habitada por Drusos; Rascheia, residencia del Emir; Hasbeia, en donde se detuvo en casa del sabio obispo griego de Szur o Zei a para quien llevaba una carta de recomendación. El objeto que atrajo más particularmente la atención del viajero en aquel país montañoso fue una mina de asfalto, materia que se emplea allí para proteger las vides contra los insectos.

De Hasbeia pasó nuestro viajero a Banias, la antigua Cesárea Philipi, hoy miserable reunión de unas veinte cabañas. Si aún podían todavía verse los vestigios de las murallas que la ceñían, no sucedía lo mismo respecto de los restos del templo magnífico que levantó allí Herodes en honor de Augusto.

El río de Banias pasaba en la opinión de los antiguos por ser la fuente del Jordán; pero es el río Haseny el que formando el brazo más largo del Jordán debe merecer este nombre. Seetzen lo reconoció lo mismo que el lago Merú o Samaconitis de la antigüedad.

En aquel paraje fue abandonado a la vez por sus mozos de mulas que por nada en el mundo quisieron acompañarlo hasta el puente de Chia Beham Yakub, y por su guía Yusuf, a quien tuvo que enviar a que le esperase por el camino de Tiberíades, mientras él, seguido de un solo árabe, se adelantaba a pie hacia el terrible puente.

Pero en Chia Beham Yakub no podía encontrar a nadie que quisiera acompañarle por la orilla oriental del Jordán, cuando un indígena, sabiendo que era médico, le rogó que fuese a visitar a su jeque, atacado de una oftalmía y que vivía en la orilla oriental del lago de Tiberíades.

Seetzen se apresuró a aprovechar aquella ocasión y le estuvo muy bien, porque observó a su placer la mar de Tiberíades y el río Guadishemmak, no sin correr el riesgo de ser robado y asesinado por su guía.

Por fin pudo llegar a Tiberíades, la Tabaria de los árabes, donde Yusúf había algunos días que le estaba esperando.

«La población de Tiberíades, —dice Seetzen—, está situada inmediatamente a la orilla del lago de este nombre, y por la parte de tierra está rodeada de un muro de piedra de basalto. A pesar de que esto apenas merece el nombre de aldea, pues en ella no se encuentra ningún vestigio de su antiguo esplendor, se conocen las ruinas de la antigua ciudad que se extienden hasta las termas situadas a una legua al Este. El famoso Yezar bajá, hizo construir una sala de baños sobre la fuente principal. Si estos baños fueran conocidos en Europa, tendrían probablemente la referencia sobre todos los conocidos. El valle donde se encuentra el lago favorece, por la concentración del calor, la vegetación de palmeras de dátiles, de limoneros, de naranjos y de índigo, mientras el terreno más elevado podría dar las producciones de los climas templados».

Al Oeste de la punta meridional del lago están los restos de la antigua ciudad de Tariquea. Allí principia la hermosa llanura de El Gor entre dos cadenas de montañas, llanura poco cultivada que recorren los árabes nómadas.

Seetzen continuó su viaje sin incidentes notables al través de la Decápolis, sólo que tuvo que disfrazarse de mendigo para librarse de la rapacidad de los indígenas.

«Me puse sobre la camisa, dice, un viejo kambas o bala y encima una camisa azul rota de mujer, y me cubrí la cabe-

za con algunos trapos y los pies con unos zuecos deteriorados. Un viejo abbayc, lleno de jirones echado sobre los hombros, me garantizaba contra el frío y la lluvia y una rama de árbol me servía de báculo. Mi guía, cristiano griego, tomó un traje semejante, y en este estado recorrimos el país durante diez días, deteniéndonos muchas veces por lluvias frías que nos mojaban hasta los huesos. Una vez me vi obligado a caminar todo el día con los pies desnudos por el fango porque me era imposible servirme de los zuecos en aquella tierra grasa y toda empapada en agua».

La ciudad de Draa, que se halla un poco más lejos, no es más que un montón de ruinas desiertas y en ella no se encuentra ningún resto de los monumentos que la hicieron célebre en otro tiempo. El distrito del Bothin que se encuentra enseguida, contiene muchos miles de cavernas abiertas en la roca que ocupaban los antiguos habitantes y que estaban también habitadas por los modernos cuando pasó Seetzen por allí.

Mikes era en otro tiempo una ciudad rica y grande como lo prueban sus restos abundantes de columnas y de sarcófagos. Seetzen dice que debió ser Gadara una de las ciudades secundarias de la provincia Decapolitana.

A pocas leguas de allí están situadas las ruinas de Abil, la Abila de los antiguos. Pero Seetzen no pudo conseguir que le acompañase su guía Aoser hasta allí porque tenía miedo de los rumores que se habían hecho correr acerca de los árabes y de la tribu de Beoi Shajal. Tuvo, pues, que ir solo.

«Está totalmente arruinada y abandonada,—dice el viajero—, sin que haya un solo edificio en pie; y las ruinas esparcidas por todas partes, demuestran su pasado esplendor. Se encuentran hermosos restos de las antiguas murallas y una gran cantidad de bóvedas y de columnas de mármol, de basalto y de granito gris. Más allá de su recinto he encontrado un gran número de columnas, de las cuales dos

tenían un tamaño extraordinario; de donde deduje que allí había habido un templo de gran consideración».

Saliendo del distrito del Bothin, Seetzen entró en el de Edschun y no tardó en descubrir las ruinas importantes de Cherrasch que pueden compararse con las de Palmira y Balbek.

«No podría explicarse,—dice el viajero—, cómo esta ciudad, antiguamente tan célebre ha podido sustraerse hasta ahora a la atención de los anticuarios.

Está situada en una llanura abierta bastante fértil y atravesada por un río.

Antes de entrar en ella encontré muchos sarcófagos con muy hermosos bajo relieves entre los cuales observé uno a orillas del camino con una inscripción griega. Los muros de la ciudad están completamente arruinados, pero se conoce todavía toda su extensión que debía ser de tres cuartos de legua y hasta de una legua. Estaban construidos de mármol labrado. El espacio interior es desigual y desciende en declive hasta el río. No se ha conservado ninguna casa particular; en cambio observó varios edificios públicos que se distinguían por su hermosa arquitectura y dos soberbios anfiteatros construidos sólidamente de mármol con columnas, nichos, etc., todo bien conservado; algunos palacios y tres templos de los cuales uno tenía un peristilo de doce grandes columnas de orden corintio y de las cuales once están todavía en pie. En otro de estos templos vi una columna caída del más hermoso granito de Egipto pulimentado y encontré además una hermosa puerta de la ciudad bien conservada formada de tres arcos y adornada de pilastras.

El más bello monumento que encontré fue una calle larga cruzada por otra, guarnecida por los dos lados de una hilera de columnas de mármol de orden corintio y cuyo extremo terminaba en una plaza semicircular rodeada de sesenta columnas de orden jónico... En el punto donde se cruzan las dos calles se ve en cada uno de los cuatro ángulos un gran pedestal de piedra de sillería que sin duda en otro

tiempo tenía una estatua... Allí se ven todavía los restos del empedrado hechos de grandes piedras labradas.

En general conté cerca de doscientas columnas que tienen en parte todavía sus arquivadas, pero el número de las que están caídas es infinitamente mayor, porque no vi sino la mitad de la ciudad y quizá en la otra mitad se encontrarán al otro lado del río una cantidad de curiosidades notables».

Según Seetzen, Cherrash es indudablemente la antigua Gerasa, ciudad que hasta entonces tenía en todos los mapas una situación muy defectuosa.

El viajero no tardó en atravesar el Serka, el Yabok de los historiadores hebreos, que formaba el límite septentrional del país de los Amonitas, penetró en el distrito de El Belks país en otro tiempo floreciente, pero entonces absolutamente inculto y desierto, donde no se encuentra una sola aldea fuera de Szalt, la antigua Amatura; y visitó en seguida a Ammán, célebre bajo el nombre de Filadelfia, entre las ciudades decapolitanas, donde se encuentran todavía hermosas antigüedades. Por último después de muchas fatigas y de haber visitado a Cleale, antigua ciudad de los Amonitas, Hadaba que tenía el nombre de Hadba en tiempo de Moisés, el monte Hebo, Diban, el país de Karrak patria de los Moabitas, las ruinas de Robba (Rabat) residencia de los antiguos reyes del país, llegó atravesando una región montuosa a la comarca situada al extremo meridional del Mar Muerto y llamada Goael Sofía.

El calor era muy fuerte y el viajero tuvo que atravesar grandes llanuras de sal, sin encontrar agua.

El 6 de abril llegó a Betleem y poco después a Jerusalén, no sin haber padecido terriblemente a causa de la sed, pero después de haber atravesado países curiosísimo, no recorridos hasta entonces por ningún viajero moderno.